

EL MERIDIANO

Plácido Díez

'Abejorros'

AL mismo tiempo que el aeropuerto de Caudé se ofrecía como base de aviones no tripulados, en el Congreso de Estados Unidos aparecían víctimas civiles de los 'drones', en concreto familiares de una abuela paquistaní que murió en una acción selectiva de los servicios secretos.

Un senador republicano, Lindsey Graham, cuantificó el pasado marzo en al menos 4.700 las víctimas mortales de los 'drones' en Pakistán, Afganistán, Irak, Yemen, Somalia, el Sahel y Filipinas. Se dirigen vía satélite desde bases estratégicamente localizadas en las zonas conflictivas, invaden el espacio aéreo de los países en los que actúan desde la frialdad y lejanía de un centro de mando y unas pantallas, evitan el coste económico y los daños personales de una invasión y también los efectos negativos en la opinión pública, porque matan selectiva, anónimamente, y sin juicio previo, a un enemigo que argumentan que ya no está integrado en unidades militares, a un 'lobo solitario'.

La de los popularmente conocidos como 'abejorros' ha sido una de las innovaciones militares más transformadoras del siglo XXI, cuya onda expansiva ha llegado a los prototipos para uso civil. Los expertos hablan de 2.400 empresas que desarrollan esta tecnología en 40 países, de 400 proyectos de aeronaves no tripuladas solo en la Unión Europea y de un volumen de negocio de 70.000 millones de euros en los próximos diez años. A la cabeza en el desarrollo de esta tecnología, cómo no, EE. UU. e Israel.

Tecnología que lo mismo sirve para matar a un terrorista de Al Qaeda en un remoto desierto que para fumigar un campo, vigilar los jabalíes que destruyen los maizales, o las fronteras de un incendio o la erupción de un volcán; o nuestras vidas.

A alguien se le ha encendido la bombilla para conectar el languideciente aeropuerto de Caudé, en el que se han metido más de 50 millones de euros de dinero público, con esta industria civil que tiene un futuro tan esplendoroso como diabólico para la privacidad y la seguridad si se produce el efecto búmeran.

Y si no que se lo pregunten a Angela Merkel, que el pasado 15 de septiembre, en un acto electoral al aire libre en Dresde, palideció al ver cómo se estrellaba, a pocos metros de donde estaba, un pequeño artefacto volador. Fue una acción del Partido Pirata para denunciar la invasión de la intimidad, pero también una invitación a reflexionar sobre el uso de esa tecnología en manos de terroristas y desequilibrados.

EL MIRADOR | Entre bromas y veras, el griego Plutarco clasificó a los hombres según su locuacidad, desde la parquedad extrema hasta la charlatanería insoportable. Todavía es útil su propuesta
Por Guillermo Fatás

Pelmazos clasificados

LOS griegos de la Antigüedad nos dejaron hechos los deberes en un sinfín de materias. Plutarco, por ejemplo, aun sin ser un portento, dejó un sugestivo ensayo clasificando a los charlatanes y pelmazos.

Laconismo o locuacidad

El amor a la palabra en tanto que manifestación del pensamiento y el raciocinio ('logos') era muy vivo en la cultura griega y el trato que se le daba definía por sí solo a una sociedad, según educase a los suyos en la exuberancia o, al contrario, en la economía verbal. El paradigma de la parquedad fue el estado militarizado de los espartanos, que se educaban en hablar lo mínimo posible. Como vivían en Laconia, aún llamamos laconismo a la concisión expresiva. El laconismo auténtico no es hablar poco, sino hablar poco diciendo mucho, lo que requiere entrenamiento e inteligencia. Los espartanos llegaron a la proeza del discurso monosilábico. El poderoso Filipo II de Macedonia le dijo a uno, para concluir una perorata: «Si invado Laconia, os echaré de allí». La cumplida y eficaz respuesta fue una conjunción condicional: «Si». Es difícil ser tan breve y tan agudo a la vez y prelude tan perfectamente la propuesta de Gracián de que «lo bueno, si breve, dos veces bueno».

Al contrario, lo fácil es hablar sin parar y no decir cosa de sustancia. La verborrea es una forma detestable de incontinencia, propia de gárrulos y charlatanes. En realidad, la sentencia gracianesca alude a esta contingencia, porque tiene una segunda parte, menos citada: «Y aun lo malo, si poco, no tan malo».

Los atenienses eran amantes de la oratoria exuberante. El más admirado de sus gobernantes, Pericles, razonaba que, lejos de ser un estorbo, discutir las cosas antes de actuar era lo apropiado. El aprecio por el discurso se reflejaba en la 'isegoría', el derecho a ser «iguales en el ágora», lugar donde se mantenían los debates. Claro que, como no todos los oradores eran de talla, las asambleas de los atenienses resultaban proliferas. Hay quien se queja de que en nuestro parlamento solo hablan unos pocos elegidos, que son los



HERALDO

«Oriol Junqueras está sobreevalorado: dice que el Tribunal de Estrasburgo es de la Unión Europea. Y eso que ha sido eurodiputado»

portavoces de los grupos. Si, así y todo, resulta lo que resulta, imagine el lector lo que ocurriría si nos pusiéramos en plan ateniense. Mejor no pensarlo.

Habladores y habladores

Plutarco clasificaba a los hombres según su locuacidad con el ejemplo de cómo se responde a una pregunta simple, como «¿Está Fulano?». Un desabrido responde secamente: «No está». Un maleducado, con menos aún: «No». El parco, pero educado dice «Ahora no está en casa». El discreto y cortés: «No está porque ha ido al banco Tal, por una gestión». En fin, están los gárrulos pelmazos, que capturan a la víctima y le proponen un discurso insoportable, venga o no a cuento. En el ejemplo de Plutarco, el incontinente ha leído un texto y, aunque traído por

los pelos, lo larga punto por punto. Como si, tras decir que Fulano ha ido al banco, empezase a discursar sobre la banca, la Sareb, las preferentes, la prima de riesgo y el FROB.

A Plutarco se le pasó por alto el tipo cero: el que no contesta. Es el político que comparece para decir lo que le viene en gana, pero no admite preguntas. Sin duda nos lo merecemos, por mansos y pazguatos.

La taxonomía de Plutarco ayuda a identificar políticos. En el primer grupo están quienes, con una elevadísima idea de sí propios, obran con cortante altivez. Jefes como Fraga y Pujol, venidos a este bajo mundo para regir a las masas de prójimos gregarios, marcaban distancias de forma concluyente, como en 'staccato': «No tengo nada más que decir» o «Esto no toca». Fin de la cosa.

El segundo tipo es cortés y ponderado. El socialismo vasco ha dado a Nicolás Redondo Terreros y a Ramón Jáuregui y de esta clase son Soraya Sáenz de Santamaría y -solo si le conviene- Duran i Lleida.

Abundan los políticos locuaces, que en España son de muchas especies: con sustancia, como Felipe González; vacuos, como Zapatero; sinaíficos, como Arzalluz y Aznar; estrambóticos, como Maragall; o be-rroqueños, como Ana Botella.

El pelmazo plutarquiano

La peor variedad de pelma es el propiamente plutarquiano, el parlanchín que solo trata un asunto y lo enjareta, velis nolis. Ahora padecemos al personaje colectivo del independentista que dice ser la encarnación de Cataluña. Es una criatura tetracéfala, cuyos rostros más conspicuos son Mas, con su sosias Homs, y el dúo bufo Bosch-Tardá (no cuento al sobreevalorado Oriol Junqueras: dice que el Tribunal de Estrasburgo es de la Unión Europea; y eso que ha sido eurodiputado). Preguntados por el paro, el déficit autonómico o la deuda de la Generalitat con las farmacias, responden a coro: «Som una nació, Espanya ens roba». Y, si uno se descuida, le largan un relato narcotizante e infinito que empieza en Wifredo el Velloso, sigue por los Felipes (IV y V), continúa con Macià y desemboca en Franco.

Estos días, José María Aznar ha soltado otra vez ese enérgico discurso con el que varias veces al año le rompe las piernas a su expupilo, Mariano Rajoy. Artur Mas ha diagnosticado que eso muestra «la mentalidad intolerante de las instituciones del Estado». ¡Aznar transformado por Mas en institución del Estado! Ni siquiera Plutarco sabría clasificar esta clase de garrulería.

CUENTOS DE DOMINGO

Antón Castro

Un escritor estelar

JORGE Herralde, responsable de Anagrama y editor de diecisiete libros de Javier Tomeo (1932-2013), conoció al escritor aragonés en sus inicios. Cuando firmaba como Franz Keller, colaboraba en revistas de cómic y escribía, solo o con otros, manuales sobre la

brujería en Cataluña o la esclavitud. Fundó su sello en 1969 y sería una década después cuando Tomeo, que parecía un galán del cine italiano, le ofreció una novela: 'El castillo de la carta cifrada'. Años después, en 1985, le publicó su novela más famosa: 'Amado monstruo'. Para muchos lectores y críticos esas son sus dos mejores novelas; otros prefieren su 'Bestiario' e 'Historias mínimas'; otros, como Javier Gurruchaga, 'Napoleón VII' y su amigo Félix Romeo parecía inclinarse por 'El crimen del cine Oriente'. En el homenaje que se le rindió al autor de Quicena en Periferias, con Ismael Grasa, Juan Casamayor y Enric Cucurella, Herralde recordaba sus primeros éxi-

tos en Alemania, donde fue autor de culto, y en distintos países europeos, merced a las adaptaciones de sus obras. Tomeo reinó en los tres teatros de París. En los años ochenta, el Ministerio de Cultura organizó una gira de escritores españoles por Alemania. Allí estaban Juan Benet y Javier Marías, entre otros. Los responsables alemanes echaron en falta a Javier Tomeo y reclamaron su inclusión: lo conocían, lo habían leído, les perturbaba. Al final, fue incluido. Allí donde iban, el aragonés era requerido y entrevistado: tenía que hablar sobre el absurdo, la incomunicación, las psicopatías, las complejas relaciones entre padres e hijos y de su parentesco

con Kafka. Jorge Herralde decía que aquello fue algo así como la gira de una vedette y su cuerpo de baile. Fue un momento estelar: el famoso era Tomeo. Al final de aquel trayecto, Juan Benet quiso saber qué tenía el oscense que no tuvieran los demás. Lo leyó y concluyó: «Tomeo no está mal, pero sus novelas son como croquetas. Todas saben igual». Quizá la historia no fuera exactamente así, pero es muy propia de Tomeo, que repetía la frase con una sonrisa. Deja tres libros inéditos: la novela, breve, 'El hombre bicolor' (Anagrama); los cuentos de 'Vampiros y alienígenas' (Alpha Decay) y 160 microrrelatos que editará Páginas de Espuma.